

T. J. Mawson

# **Crear en Dios**

Una introducción  
a la filosofía de la religión

**Traducción del inglés de  
Luis Barbero De Granda**

**Con la colaboración de  
Asunción Alonso**

## Introducción

Empiezo con una afirmación –más o menos psicológica– que me atrevería a decir que es aplicable a todo lector de esta obra. En algún momento de su vida, el mundo físico considerado en su totalidad –el planeta en el que vive, las estrellas que ve en el cielo: absolutamente todo– se le ha antojado como algo parecido a una pregunta. El universo físico le ha sobrevenido como un fenómeno que necesita una explicación. Algunos creen haber encontrado la respuesta a esa pregunta. Tal vez pregunta y respuesta llegaron a la vez, en un instante anímico de lucidez fugaz, ahora que lo piensa. Algunos han llegado a la conclusión de que no hay por qué responder a esa pregunta. Han decidido que la percepción del mundo entendido como un todo que plantea un interrogante resulta algo ilusorio. Y para el resto, el mundo físico comprendido en su totalidad sigue siendo la pregunta que los asalta en sus momentos de reflexión, a la que hay que dar respuesta por esquivas que pueda parecer.

La capacidad para sentirse desconcertados ante la certeza de que el mundo físico como un todo existe es un rasgo característico de la mente humana. Y aunque común, no se trata de un rasgo universal. Los hay que nunca han experimentado tal confusión y que, por tanto, son incapaces de alentar las especulaciones a las que da pábulo de forma natural este desconcierto. Esos hombres y mujeres no le encuentran ningún sentido a la filosofía ni a buena parte de la metafísica, pues para ellos no pasan de ser una serie de ocurrencias de la lógica o tentativas vaporosas por zanjar problemas filosóficos inexistentes con palabrería e incongruencias. Pero me atrevo a afirmar que ninguno de los que estén leyendo esto se ha sentido jamás desconcertado por la conciencia del mundo como un todo de la forma que acabo de describir. Y lo expongo así por una serie de razones, entre

las cuales la más obvia e invariable es que se ha operado una suerte de efecto selección en todos aquellos a los que les da por leer libros con subtítulos como «Una introducción a la filosofía de la religión». La prevalencia de esta inquietud a lo largo del tiempo en todas las culturas explica la pervivencia de la filosofía de la religión y el pensamiento metafísico; esta inquietud es, en palabras de Schopenhauer, «el péndulo que mantiene en movimiento el reloj de la metafísica».

Dado que esta inquietud concierne al mundo físico en su totalidad, si mantenemos en movimiento el péndulo del reloj de la metafísica en nosotros, llegaremos a la conclusión de que la respuesta a la pregunta sobre el mundo físico debe estar fuera de él. Una explicación no puede estribar en aquello que explica. A mi entender, el fisicalismo establece que la incertidumbre relativa al mundo físico entendido como unidad está equivocada en última instancia, pues no hay nada ajeno al mundo físico que lo justifique. Las religiones son para mí esos sistemas de pensamiento que ven el fisicalismo como algo falso, y que creen por tanto que hay algo ajeno al mundo físico que lo explica: existe algo más allá del mundo que describen las ciencias naturales y ese algo explica por qué existe un mundo que podemos describir y por qué existe un nosotros para que lo describa<sup>1</sup>.

El fisicalismo nunca ha sido popular. Aun así, podría estar en lo cierto, pero la verdad es que nunca ha gozado de mucha aceptación<sup>2</sup>. La visión religiosa ha tenido siempre mejor acogida. De la misma forma en que un escritor de la Antigüedad resumía sus descubrimientos sobre la diversidad de las culturas del mundo: uno puede encontrar ciudades sin reyes, sin muros, y sin moneda, pero nunca se vio una ciudad sin dioses. La visión religiosa acepta la validez de esta indefinición. Acepta que el mundo físico es de hecho una pregunta que necesita una respuesta. En concreto, los seguidores de una religión reivindican que su religión ofrece la respuesta a esa pregunta.

¿Cuál es la respuesta según las diversas religiones del mundo? En esta cuestión las diferencias entre las religiones del mundo son grandes; por un lado, están las que conocemos en términos generales como religiones occidentales, que entienden que la respuesta a la pregunta sobre el mundo físico es un agente personal; por otro lado, están las que conocemos en líneas generales como religiones orientales, que creen que la respuesta está en una fuerza impersonal.

En esta obra me centraré en la premisa fundamental de las religiones occidentales del judaísmo, el cristianismo y el islamismo, que afirma que la respuesta es un agente personal, es decir, Dios. La idea de que la respuesta a la pregunta sobre el mundo físico debería ser un agente personal es el péndulo que mantiene en funcionamiento el reloj de la teología, y en ese péndulo me fijaré.

Les ruego consideren el hecho de que pase por alto las tradiciones de las religiones orientales como una forma de humildad metodológica más que como estrechez de miras metodológica. Si quiero avanzar de forma significativa en el espacio limitado que me brinda este libro, debo concentrarme en un área que pueda abordar de forma razonable en el espacio de tiempo que tal formato permite. Por este motivo, en absoluto de índole filosófica, voy a centrarme en los argumentos principales de las religiones monoteístas del judaísmo, el cristianismo y el islamismo, y en la premisa fundamental de las mismas: que hay un Dios<sup>3</sup>.

Así que analizaré esta afirmación:

Dios existe

y plantearé las siguientes preguntas además: ¿Qué significa eso? ¿Qué razones hay para creer que es verdad? ¿Hay razones para creer que no lo es? ¿Qué relación hay entre tener razones para creer que es verdad y tener fe en Dios? Plantearé todas estas preguntas sobre el tema porque se trata de distintos aspectos relacionados con la cuestión principal que me interesa: ¿Deberíamos creer en Dios?

Por tanto, esas serán mis preguntas. ¿Cómo las voy a enfocar?

\*

**Es así, entonces, que quien esté por encima de pedir limosna y no quiera vivir ocioso de las migajas de opiniones mendigadas debe poner a trabajar sus propias ideas para buscar y perseguir la verdad y no dejará (cualquiera que sea el hallazgo) de sentir la satisfacción del cazador. Cada momento del alcance premiará su empeño con algún deleite y tendrá razón para pensar que no ha malgastado el tiempo, aunque no pueda jactarse de ninguna presa considerable<sup>4</sup>.**

Según la leyenda, cuando Alejandro Magno llegó a Asia por primera vez, sus gobernantes se reunieron con él y (tratando de evitar enfrentarse a sus ejércitos invencibles) le ofrecieron la mitad de sus tierras, palacios, riquezas, etc., la mitad de todo cuanto poseían. Alejandro lo rechazó de inmediato, diciéndoles que no había ido a Asia a aceptar de sus líderes cualquier cosa que fuese lo que le ofrecieran, sino más bien con la intención de dejarles cualquier cosa que fuese lo que él no quisiera para sí. Los filósofos de verdad no son mendigos. No aceptan humildemente cualquier opinión que se les brinde desde la tribuna de una sala de conferencias o desde las páginas de un libro. Son conquistadores. No se sienten orgullosos de una idea a menos que la hayan obtenido mediante la argumentación, y merecen sentirse orgullosos de lo que conquistan, porque los argumentos que utilizan son los que han puesto a prueba someténdolos al fragor de la batalla presentada por sus mentes y por las de los demás. Por supuesto, es posible que hayan utilizado armas forjadas por otros. Pero al probarlas en el campo de batalla dialéctico, las moldearán hasta que se adapten a ellos y a sus propósitos, incorporando sus propias experiencias e intuiciones hasta conseguir una aleación más perfecta y característica de ellos. Es por esa forma de conquistar por lo que las guerras de los filósofos son siempre justas y sus victorias honradas, porque al conquistar así las creencias, se puede justificar reclamarlas como propias (genuinamente propias, es decir, como si tuvieran un derecho sobre ellas) más que limitarse a poseerlas. Lo mejor que puede esperar conseguir una obra de filosofía es dar una clara visión del territorio conceptual que es preciso conquistar partiendo del punto de vista de su autor, un punto de vista que forzosamente será parcial en el más amplio sentido de la palabra. Todo lo que espero de este libro es conseguir esto. A medida que vaya recorriendo el territorio, trazando sus coordenadas lo mejor que pueda, iré haciendo la crónica de la empresa en que me he embarcado, rumbo a una dirección concreta (es decir, hasta alcanzar una determinada conclusión). Pero al hacerlo me esforzaré al máximo por reflejar, conforme vayan surgiendo, las posiciones alternativas que existen o se han defendido. Con ello espero facilitarles la tarea de evaluar la exactitud de mi mapa, juzgar el acierto del rumbo en particular

que he escogido y conquistar el territorio por ustedes mismos de la forma que les he descrito.

Si ningún libro puede hacer filosofía, sino que más bien solo las personas pueden, entonces ningún libro de filosofía puede pasar de ser una introducción a la filosofía para el lector. Con todo, este libro también pretende ser una introducción a la filosofía en el sentido más común: se ha escrito con idea de que todos los argumentos que contiene sean fáciles de entender para los lectores, incluso para aquellos que de entrada se reconocen a sí mismos como legos en el tema. Muchos libros de filosofía no se escriben con este propósito. El hecho de haber escrito este libro así significa que una y otra vez vuelvo sobre alguna cuestión terminológica o de otra índole, de una forma en que los que se tienen por filósofos no encontrarán nada provechosa. Mis disculpas para ellos por estos retrasos. En realidad, esta tendencia no ralentiza mucho las cosas. A diferencia de lo que ocurre en otras, en esta área de la filosofía se puede avanzar bastante sin necesidad de dominar complicadas ideas técnicas o estructuras simbólicas. Las ideas utilizadas en la filosofía de la religión son normales –contrariamente a lo que he comprobado que espera encontrarse mucha gente neófita en este campo–. Todas ellas están al alcance del adulto medio que desee comprenderlas. Por desgracia, el adulto medio no tiene interés alguno en comprender este tipo de cuestiones o argumentos. No es que esta indiferencia generalizada sea exclusiva de la filosofía de la religión (si es que de entrada se puede afirmar que la indiferencia sea exclusiva de algo); en realidad, afecta a toda la filosofía. Como comentó Russell, la mayoría de la gente preferiría morir antes que pensar; y de hecho, así es. Pero por fortuna, a causa del efecto selección al que he aludido antes, es probable que ustedes no pertenezcan a esa «mayoría de la gente». Querrán entender lo que tengo que decir y por ello lo conseguirán.

¿Por qué soy optimista acerca de la capacidad del adulto medio que quiere confrontar estas cuestiones para lograr entenderlas? ¿Por qué creo que la facultad humana de la razón cuando se pone en marcha en la mente de la gente corriente estará a la altura de la tarea de descubrir la verdad de todo esto y nuestra facultad del lenguaje estará en condiciones de expresarlo? Y siendo más humildes, ¿no

deberíamos aceptar que si hay un Dios, existe más allá de la posibilidad del pensamiento y la expresión humanos, y que en esto nuestra capacidad siempre superará a nuestro entendimiento?

Sin duda, la razón humana es falible. Es más que probable que los mejores argumentos e ideas que pueda proponer una mente finita no acierten a reflejar con fidelidad la naturaleza de un Dios infinito, en caso de que existiera. ¿Pero qué debemos concluir de esta perogrullada? ¿Acaso no deberíamos siquiera *intentar* usar la razón para discernir la verdad acerca de estas cuestiones y el lenguaje para expresarlo? O tal vez deberíamos proceder con cautela, con cuidado, por ejemplo, al definir lo que queremos expresar con un término antes de usarlo; preocuparnos, por ejemplo, de que cada una de las partes de nuestros argumentos se entienda perfectamente; tratar de desarrollar nuestra investigación de la forma más desapasionada posible y, allí donde sea necesario poner en liza nuestras pasiones, considerar detenidamente cómo podrían estar induciéndonos al error. Este libro se ha escrito pensando que este último es el mejor camino para cualquier mente inquieta<sup>5</sup>. No definiendo este enfoque aquí, salvo indirectamente: si mis argumentos son correctos, entonces se confirma mi «hipótesis de trabajo» de que, si vamos poco a poco, podremos estar razonablemente seguros de utilizar las palabras con todo el sentido cuando hablamos de si hay o no un Dios, y de usar la razón para llegar a descubrir la respuesta a esta pregunta (o al menos descubrir cómo deberíamos proceder para lograrlo).

No todo el mundo cree en esta hipótesis de trabajo. Y no todo el mundo está preparado para dejar de lado esta incredulidad durante el periodo relativamente corto que llevaría explorar de forma imaginativa adónde le llevaría la exploración emprendida en esta obra. Si piensan que no comparten este optimismo en la capacidad de la razón humana para abordar estas cuestiones, nada mejor para convencerlos de que aparquen ese recelo durante los próximos doce capítulos que aquello que podría persuadirlos de decirse a sí mismos, si se imaginan esta situación.

Deambulan solos por un vasto y desconocido laberinto. Está oscuro como boca de lobo: no hay ninguna luz que les guíe, ninguna, salvo la que proporciona la débil y temblorosa llama de una pequeña

vela que llevan. Protegen celosamente la llama mientras caminan despacio con pasos vacilantes y cautelosos. De la penumbra surge de pronto un hombre ante ustedes. El hombre les dice eso que solo ustedes saben ya perfectamente, que la vela que llevan es demasiado pequeña y su llama tenue. Luego, sugiere que para encontrar antes el camino deberían apagarla. ¿Qué le dirían?